

concebir el más grande horror de los juramentos. En tiempos en que San Narciso gobernaba la Iglesia de Jerusalén, tres libertinos calumniaron horriblemente al Santo, confirmando sus aseveraciones con juramentos execrables. Dijo el primero que, si no era verdad lo que afirmaba, quería ser abrasado vivo; el segundo dijo que quería morir ahogado; y el tercero, que quería le fuesen arrancados los ojos. Por causa de tales calumnias, San Narciso fué expulsado de la ciudad como un mal obispo que se entregaba a toda suerte de impurezas. Mas la venganza divina no tardó en castigar a los miserables. Habiéndose pegado fuego de noche en la casa del primero, éste murió abrasado; el segundo murió ahogado; el tercero, espantado ante tan terribles castigos, perdió la vista llorando sus pecados. Ya sé que no son muchos los que pronuncian tales juramentos. Los juramentos más comunes son: ¡A fe mía!; ¡Por mi conciencia! — ¡En Dios y en mi alma! — ¡Como hay Dios! — ¡A fe de cristiano!

Cuando os confesáis, debéis declarar la razón por la cual jurasteis: si fué para asegurar cosas falsas, o verdaderas; si, al mostraros incrédulo, fuisteis causa de que otras personas jurasen. Debéis declarar si tenéis la costumbre de jurar, y desde cuánto tiempo. Al juramento no debemos añadir nunca la imprecación. Muchos hablan así: «Si no es verdad lo que digo, ¡que jamás me mueva de este lugar; que no vea nunca el cielo; que Dios me condene! ¡que la peste me ahogue! ¡que el demonio se me lleve!»... ¡Ay! amigo mío, ¡tal vez el demonio sólo espera tu muerte para llevárete!... En tus confesiones debes declarar si lo que afirmaste era o no contrario a la verdad. Algunos creen que no es cosa mala pronunciar un juramento para asegurar una cosa verdadera. Cierto que no es tan malo como asegurar una cosa falsa. Pero siempre es un pecado, y a veces de importancia. De ello, pues, debéis acusaros;

de lo contrario os condenaréis. Oíd un ejemplo que os hará temblar. Refiérese en la vida de San Eduardo, rey de Inglaterra (1), que el conde Gondevino, padre político del rey, era tan orgulloso que no podía sufrir a nadie a su lado. Habiéndole acusado el rey un día de haber cooperado a la muerte de su hermano, el conde contestó que, si aquello era cierto, quería que un pedazo de pan de los que comía, le estrangulase. El rey hizo la señal de la cruz sobre uno de aquellos fragmentos, su suegro lo tomó, y al comérselo se le atragantó en la garganta, y murió asfixiado. ¡Terrible castigo, H. M. ! ¡ Ay ! ¿ dónde fué a parar su pobre alma, ya que murió cometiendo un pecado ?

No sólo hemos de abstenernos de jurar, por cualquier pretexto que sea, aunque de lo contrario hayan de perderse los bienes, la reputación o la vida, ya que, al jurar, perdemos el cielo, a nuestro Dios y a nuestra alma ; sino que debemos evitar toda ocasión de hacer jurar a los demás. Nos dice San Agustín (2) que, si prevemos que aquellos a quienes demandamos ante los tribunales de justicia jurarán en falso, hemos de abstenernos de tal demanda ; de lo contrario nos hacemos tanto o más culpables que si les quitásemos la vida. En efecto, si los degollamos, no hacemos más que quitarles la vida del cuerpo, mas no la del alma, si tienen la dicha de hallarse en estado de gracia ; los únicos perjudicados somos nosotros : mientras que, dándoles ocasión de jurar, perdemos su pobre alma y somos causa de su eterna condenación. Refiérese (3) que un ciudadano de Hipona, hombre de bien, pero muy aficionado a las cosas terrenas, demandó ante los tribunales a un convecino suyo a quien había prestado una cierta suma de dinero ; el demandado juró en falso. Aquella misma noche el acu-

(1) Ribadencyra, 13 octubre.

(1) Serin. CCCVIII, cap. IV, 4.

(2) San Agustín, *ibid.*

sador hubo de comparecer en sueños ante el tribunal de Dios. — ¿Por qué hiciste jurar a aquel hombre?... ¿No era preferible perder lo que te debía antes que causar la ruina de su alma? Díjole Jesucristo que por aquella vez le perdonaba, mas le condenaba a ser azotado; lo cual fué ejecutado al momento por los ángeles, y al día siguiente despertó cubierto su cuerpo de cardenales.—Pero me diréis: Entonces ¿deberemos perder lo que se nos debe? — ¿Es que preferís perder el alma de vuestro hermano a perder vuestro dinero? A más de que, debéis tener lá seguridad de que, si hacéis todo esto por Dios, no dejará El de recompensaros con largueza.

Los padres y dueños deben examinar con atención si fueron causa de que sus hijos o criados formularan ciertos juramentos, por miedo a ser reprendidos o maltratados. Hay quienes lo mismo juran en mentira que en verdad. Guardaos empero vosotros de jurar en falso cuando habéis de declarar ante los tribunales de justicia. Aunque no hayáis llegado a formular el juramento, habéis de examinar también si tuvisteis el pensamiento o propósito de hacerlo, y cuántas veces; si aconsejasteis a los demás que jurasen en falso, bajo pretexto de que, si declaraban la verdad, serían condenados. Todo esto debéis declararlo en la confesión. Acusaos también de si con rodeos habéis desfigurado la verdad; pues estáis obligados a declarar según vuestro saber y entender, como habéis visto u oído; de lo contrario cometéis grave pecado. También debéis manifestar si prometisteis algo para inducir a los demás a mentir: cual sería un amo que amenazase a su criado con malos tratos o con hacerle perder su sueldo. Todo esto ha de explicarse en confesión, pues, de lo contrario, sería ella un horrible sacrilegio. El Espíritu Santo nos dice que los testigos falsos serán castigados con gran rigor (1).

(1) Deut., XIX, 18-21.

Acabamos de explicar lo que es el juramento ; veamos ahora en qué consiste la blasfemia. Son muchos los que no saben discernir entre blasfemia y juramento. Mas, si ignoráis esto, no esperéis hacer buena confesión, pues no declararéis los pecados tal como los cometisteis. Atended, pues, bien, a fin de desterrar una ignorancia que indudablemente sería causa de vuestra condenación. Blasfemia es palabra que viene del griego y quiere decir detestar o maldecir la belleza infinita. Dice San Agustín (1) que se blasfema cuando se atribuye a Dios una cualidad que no tiene o que no le conviene ; cuando se le niega lo que le conviene, o, finalmente, cuando el hombre se atribuye aquello que sólo a Dios es debido. Veamos más detalladamente todo esto. 1.º Blasfemamos al afirmar que, porque no salimos con éxito en nuestras empresas o trabajos, Dios no es justo. 2.º Decir que Dios no es bueno, como afirman ciertos infelices en el exceso de sus miserias, es también una blasfemia. 3.º Blasfemamos al afirmar que Dios no lo sabe todo ; que no atiende a lo que ocurre en la tierra ; que ni tan sólo nos sabe en el mundo ; que todas las cosas andan por sí mismas y como quieren ; que Dios no se ocupa en cosas tan insignificantes ; que, al venir al mundo, tenemos señalado ya nuestro destino fatal, feliz o desgraciado, el cual Dios no cambia para nada. 4.º Cuando decimos : Si Dios se mostrase misericordioso para con fulano, no sería justo ; pues ha sido un malvado y merece el infierno. 5.º Cuando, por haber experimentado alguna pérdida, nos dejamos llevar de un arrebató contra Dios, diciendo : No, Dios no podía tratarme peor de lo que me ha tratado. Es también una blasfemia hacer burla o mofa de la Santísima Virgen o de los Santos, diciendo, por ejemplo : He aquí un santo que no tiene mucho poder ; muchos

(1) *De moribus Manichaeorum*, lib. II, cap. XI.

días hace que a él me encomiendo... y nada he alcanzado; no quiero recurrir a él de nuevo. Es blasfemia decir que Dios no es omnipotente, tratarle indignamente, diciendo, por ejemplo: ¡ Aunque Dios no quiera! u otras expresiones aun más injuriosas.

Sentían los judíos un horror tal por ese pecado que, al oír una blasfemia, rasgaban sus vestiduras en señal de dolor (1). El santo varón Job temía hasta tal punto ese pecado, que ofrecía sacrificios para expiar las blasfemias que sus hijos hubieran podido cometer hallándose él ausente (2). El profeta Natán dijo a David: Por haber sido causa de que fuese blasfemado el santo nombre de Dios, tu hijo morirá, y los castigos no cesarán de afligir tu casa mientras vivas (3). Dice el Señor en la Sagrada Escritura (4): El que blasfeme de mi santo nombre, será condenado a muerte (5). Mientras los hebreos peregrinaban por el desierto, uno de los de aquel pueblo fué sorprendido blasfemando, y el Señor ordenó que muriese apedreado (6). Sennaquerib, rey de los Asirios, estaba sitiando a Jerusalén y blasfemó del santo nombre de Dios, diciendo que, aunque El no quisiese, tomaría la ciudad y la pasaría a sangre y fuego; en castigo, el Señor envió a un ángel, quien en una sola noche mató a ochenta y cinco mil hombres, y el mismo rey fué degollado por sus propios hijos (7). Tales blasfemias han causado en todo tiempo horror a los hombres; son verdaderamente el lenguaje del infierno, pues el demonio y los condenados no vo-

(1) Por ejemplo, Caifás, en la Pasión (Matth., XXVI, 65).

(2) Job, I, 5.

(3) II Reg. XII, 14.

(4) Qui blasphemaverit nomen Domini, morte moriatur (Lev., XXIV, 16).

(5) P. Lejeune, t. II, pág. 234 (Nota del Santo).

(6) Lev., XXIV, 14.

(7) Sennaquerib no fué degollado aquella misma noche, sino a su regreso de Nínive, en el templo del ídolo Nesroch (IV Reg., XIX).

mitan otra cosa de su boca. Cuando el emperador Justino tenía noticia de que algún súbdito suyo había blasfemado, le hacía cortar la lengua. Durante el reinado de Roberto, Francia tuvo que sostener una gran guerra, y Dios reveló a un alma santa que aquella calamidad duraría hasta que la blasfemia fuese desterrada del reino. ¿No será, pues, de extrañar que la casa donde se cobija un blasfemo deje de ser aplastada por el rayo, o castigada con toda suerte de desgracias? Nos dice también San Agustín que la blasfemia es un pecado mayor que el perjurio; ya que en éste se toma a Dios por testigo de una cosa falsa, mientras que en aquél la cosa falsa se atribuye a Dios (1). Habréis de convenir, pues, conmigo, H. M., en que es la blasfemia un pecado gravísimo, el cual acarrea grandes desgracias al mortal que por él se deja dominar. ¡Cuánto es de temer que el castigo de un blasfemo le sobrevenga en el mismo instante de blasfemar, cual ha ocurrido en muchos casos!

Veamos ahora la diferencia que existe entre blasfemar y renegar de Dios. No quiero referirme a los que reniegan de Dios abandonando la religión para abrazar otra falsa: tales son los protestantes, los jansenistas y tantos otros. A esas personas se las llama renegados o apóstatas. Aquí tratamos de aquellos que, por causa de alguna desgracia o de alguna pérdida por ellos experimentada, tienen la maldita costumbre de deshacerse en palabras de ira contra Dios. Es un pecado horrible, puesto que por él, a la menor contrariedad, nos revolvemos contra el mismo Dios, nos enojamos, cual si le dijésemos: ¡Sois un... un... desgraciado! ¡un vengativo! Al castigarme por tal acción, sois injusto. Y Dios ha de soportar nuestra cólera cual si fuese la

(1) Ideo peius est blasphemare quam peierare, quoniam peierando falsae rei adhibetur testis Deus, blasphemando autem de ipso falsa dicuntur Deo (S. Agustín, *Contra mendacium*, cap. XIX, 39).

causa de la pérdida que experimentamos o del accidente que nos ha sobrevenido. ¿No es Él, por ventura, aquel tierno Salvador que nos sacó de la nada, que nos creó a su imagen, que nos rescató con su sangre preciosa y que nos conserva la vida por tanto tiempo cuando, desde tantos años hace, somos merecedores de los abismos infernales?... Él nos ama con un amor inconcebible, ¡y nosotros le despreciamos, profanamos su santo nombre, juramos y renegamos! ¡Qué horror! ¿habrá crimen más monstruoso? ¿No es esto imitar el lenguaje de los demonios? No otra cosa hacen los demonios en el infierno. ¡Oh Dios mío! ¡cómo puede un cristiano entregarse a tales abominaciones!

Quien se deja dominar por ese pecado, debe esperar una desgraciada vida ya en este mundo. Refiérese que cierto hombre, después de haber sido un blasfemo durante toda su vida, dijo un día al sacerdote que le confesaba: ¡Ay! padre mío, ¡cuán desdichada ha sido mi vida! Tenía el vicio de jurar y blasfemar del santo nombre de Dios; he perdido todas mis riquezas, que eran considerables; mis hijos, sobre quienes he atraído la maldición, son unos infelices; mi lengua, que tanto ha jurado, blasfemado e insultado a Dios, está llena de úlceras y podredumbre. ¡Ay! después de haber sido muy desgraciado en este mundo, temo aún condenarme a causa de mis blasfemias.

Recordad, H. M., que la lengua sólo os fué dada para bendecir a Dios; le ha sido consagrada por el santo Bautismo y la sagrada Comunión. Si por desgracia os domina ese pecado, debéis confesarlo con gran dolor y practicar ruda penitencia; de lo contrario habréis de sufrir los castigos que para los blasfemos están preparados en el infierno. Purificad vuestra boca pronunciando con gran reverencia el nombre de Jesús. Pedid a Dios con frecuencia la gracia de morir mil veces antes que recaer en tal pecado, ¿Habríais jamás

pensado que la blasfemia fuese un pecado tan horrible a los ojos de Dios y de los hombres? Decidme : ¿os habéis confesado de él debidamente, no limitándoos a decir que jurasteis, o tal vez, que dijisteis palabras groseras? Sondead vuestra conciencia y no andéis confiados, pues es muy posible que vuestras confesiones nada valgan.

Veamos ahora lo que sea maldición o imprecación. Vedlo aquí. Es maldición el manifestar, movidos por la ira, el deseo de aniquilar o atraer la desgracia sobre aquello que contraría nuestra voluntad. Tales maldiciones pueden recaer sobre nosotros mismos, sobre nuestros semejantes, sobre las criaturas animadas, y hasta sobre las inanimadas. Al portarnos de esta manera, no obramos según el espíritu de Dios, que es espíritu de dulzura, de bondad, de caridad ; sino según el espíritu del demonio, cuya sola ocupación es maldecir. Las peores maldiciones son las que los padres echan sobre sus hijos, pues de ellas suelen seguirse grandes males. El hijo maldito por sus padres, por lo común es un hijo maldito del mismo Dios ; puesto que Dios ha dicho que, si los padres bendicen a sus hijos, los bendecirá, y si por el contrario, les maldicen, caerá sobre ellos la maldición (1). San Agustín cita un caso digno de ser indeleblemente grabado en el corazón de los padres y de las madres. Una madre, dice, maldijo enfurecida a sus tres hijos ; al instante mismo quedaron poseídos del demonio (2). Un padre dijo a un hijo suyo : Así reventaras... Y el infeliz cayó muerto a sus pies.

Y lo que agrava aún más este pecado, es que, si

(1) *Benedictio patris firmat domos filiorum : maledictio autem matris eradicat fundamenta* (Eecli., III, 11).

(2) San Agustín, que refiere detalladamente esta historia (*De Civit. Dei*, lib. XXII, cap. VIII, 22), dice que aquella desgraciada madre maldijo a sus diez hijos, los cuales viéronse al momento acometidos de un gran temblor en todos sus miembros : «tali poena sunt divinitus coerciti, ut horribiliter quaterentur omnes tremore membrorum».

un padre o una madre tienen la costumbre de cometerlo, toman ejemplo sus hijos, y así ese vicio viene a ser hereditario en las familias. Si hay tantas casas y familias desgraciadas, convertidas en verdadera morada del demonio y sucursal del infierno, es por causa de las blasfemias que bajo su techo resonaron, las cuales se transmitieron de los abuelos a los padres y de éstos a los hijos sin interrupción. ¿Oísteis a tal padre enojado, proferir juramentos, imprecaciones y blasfemias? Pues bien : escuchad a sus hijos cuando se hallan dominados por la ira : los mismos juramentos, las mismas imprecaciones, y todo lo demás. Los vicios de los padres pasan a los hijos con tanta o mayor facilidad que los bienes. Los antropófagos sólo matan, para comérselos, a los extranjeros ; mas entre los cristianos vemos padres y madres que, dejándose llevar de los arrebatos de su pasión, desean la muerte a aquellos a quienes dieron la vida, y envían al demonio a los que Jesucristo redimió con su preciosa Sangre. Cuántas veces oiremos a padres y madres sin religión, hablar de esta manera : ¡ Ah ! ¡ hijo maldito, no... de una vez ! ¡ cuánto me fastidias ! ¡ ojalá Dios te castigase de una vez !... ; quisiera verte tan lejos de mí, cuanto ahora estás cerca. ¡ Ese perro de hijo ! ¡ demonio de hijo ! ¡ bestias de hijos ! y así por el estilo. ¡ Oh Dios mío ! ¿ Y esas maldiciones pueden salir de la boca de un padre o de una madre, que sólo bendiciones del cielo deberían desear para sus hijos ? Si abundan tanto los hijos insensatos, rebeldes, sin religión, descaminados, no busquemos otra causa, en la mayoría de los casos, que las maldiciones que les echaron sus padres.

¿ Y qué pecado es el de aquellos que, en los momentos de ira, se maldicen a sí mismos ? Es un crimen espantoso, que atenta a la vez contra la naturaleza y contra la gracia ; pues la naturaleza y la gracia nos inspiran amor a nosotros mismos. El que se maldice a

sí mismo, semeja un desesperado que se da la muerte con sus propias manos; y aun peor, pues no es raro el caso en que llega a maldecir su alma, diciendo: ¡Que Dios me condene! ¡el demonio se me lleve! ¡preferiría estar en el infierno a sufrir lo que ahora sufro! ¡Ah, desgraciado!, exclama San Agustín, procura que Dios no haga caso de tus palabras, pues irías a vomitar en el infierno el veneno de tu rabia. ¡Oh Dios mío! si el cristiano reflexionase acerca de lo que habla, ¿tendría valor para pronunciar esas blasfemias, capaces, en cierta manera, de forzar a Dios a maldecirle desde lo alto de su trono? ¡Oh! ¡cuán desgraciado es, pues, el hombre que se deja dominar por la ira! ¡Obliga a Dios a que le castigue, cuando El no quiere otra cosa que su bien y su felicidad! ¿Quién será capaz de comprender tamaña aberración?

¿Qué pecado será el de un marido o de una esposa, de un hermano o de una hermana, que vomiten continuamente blasfemias unos contra otros? Es un pecado para el cual no hay términos a propósito para expresar su gravedad; ¡un pecado tanto más grave, cuanto mayor es la obligación que tienen de amarse unos a otros y de soportarse mutuamente sus flaquezas! El marido y la mujer, que sólo deberían desearse mutuamente la felicidad e implorar de la misericordia de Dios la dicha de pasar juntos la eternidad, llénanse de maldiciones uno a otro; arrancaríanse los ojos y hasta la vida, si pudiesen. ¡Esposa maldita, marido maldito, exclaman, ojalá no te hubiese nunca visto ni conocido! ¡Ah! ¡maldito padre que me aconsejaste aceptar su mano!... ¡Oh Dios mío! ¡qué horror para unos cristianos que sólo deberían trabajar por hacerse santos! ¡en su proceder, imitan la conducta de los demonios y de los réprobos! ¡A cuántos hermanos o hermanas vemos desearse la muerte recíprocamente, ya para heredar su parte, ya por causa de alguna injuria que del

otro recibieron ; conservarse aquel odio toda la vida y aun resistirse a perdonar en la misma hora de la muerte !

Es también grave pecado maldecir el tiempo, las bestias o el trabajo. Cuántos hay que, cuando el tiempo no anda como ellos quisieran, le maldicen diciendo : ¡ Maldito tiempo, cuándo será que cambies ! Al hablar así, no sabéis lo que decís : es como si dijeseis : ¡ Ah ! maldito Dios, que no me das un tiempo como yo quisiera. Otros maldicen el ganado : ¡ Ah ! maldita bestia, no te podré hacer andar como yo quisiera... ¡ El demonio se te lleve ! ¡ mal rayo te parta ! ¡ que el fuego del cielo te abraze !... ¡ Ah, desgraciados ! vuestras maldiciones surten efecto con mayor frecuencia de lo que pensáis. No es raro que se os mueran o se inutilicen las bestias a causa de las maldiciones que sobre ellas echasteis. ¡ Cuántas veces vuestras maldiciones, vuestros arrebatos, vuestras blasfemias, atrajeron el pedrisco o la helada sobre las cosechas de los campos que cultiváis !

Mas ¿ cuál será el pecado de los que desean mal al prójimo ? Ese pecado es grave a proporción del mal que deseáis, o del perjuicio que ocasionaría si realmente aconteciese. Debéis acusaros de ello cuantas veces hayáis concebido tales deseos. Al confesaros, debéis declarar la clase de mal que deseasteis al prójimo, la pérdida que hubiera experimentado si vuestros deseos se hubiesen cumplido. Debéis explicar si se trata de vuestros padres, de vuestros hermanos, de vuestras hermanas, de vuestros primos o primas, de vuestros tíos o tías. ¡ Ay ! ¡ cuán pocos los que hacen tales distinciones al confesarse ! Habréis maldecido a vuestros hermanos, hermanas, primos o primas, y os contentaréis con decir que deseasteis mal al prójimo, sin decir de quién se trataba, ni cuáles eran vuestras intenciones al formular tal deseo. ¡ Cuántos otros soltaron juramentos horribles, vomitaron blasfemias, imprecaciones, insultos

contra Dios, capaces de erizar los cabellos de la cabeza, y se contentan con declarar que dijeron palabras groseras, y nada más! Bien sabéis que una palabra grosera es una especie de leve juramento pronunciado sin asomo de cólera. ¡Ay! ¡cuántas confesiones y comuniones sacrílegas!

Pero, me diréis, ¿qué hemos de hacer para evitar pecados tan horribles, capaces de atraernos toda suerte de males y desgracias? — Es preciso para ello que, al sobrevenirnos alguna pena, nos acordemos de que, habiéndonos rebelado contra Dios, es también muy justo que las criaturas se rebelen contra nosotros. Nunca debemos dar a los demás ocasión de maldecirnos. Los hijos y los criados, sobre todo, han de hacer todos los posibles a fin de no dar motivo a sus padres o dueños para que los llenen de maldiciones; pues es indudable que tarde o temprano habrán de experimentar por ello algún castigo. Los padres y madres han de pensar que nada en el mundo les debe ser tan caro como sus hijos, a quienes nunca han de maldecir, antes no deben cesar de implorar sobre ellos toda bendición, a fin de que Dios derrame sobre sus cabezas el bien que les descan. Si os acontece algo enojoso o contrario a vuestros anhelos, lejos de llenar de maldiciones el objeto de vuestra contrariedad, os habrá de ser más fácil y provechoso decir: Que Dios te bendiga. Imitad al santo Job que bendecía el nombre del Señor en cuantas penas se le ofrecían, y éstas eran muchas (1), y recibiréis las mismas gracias que él recibiera. Al ver su inquebrantable sumisión a la voluntad de Dios, el demonio emprendió la fuga, la bendición de Dios se derrama sobre sus bienes, y lo recobra todo doblado (2). Si por desgracia alguna vez se os escapa de la boca alguna de esas

(1) Job, I, 21.

(2) Ibid., XLII, 10.

malas expresiones, haced pronto un acto de contrición para obtener el perdón de la culpa, y prometed no volver jamás a cometer tan grave pecado. Dice Santa Teresa que, cuando pronunciamos el nombre de Dios con respeto, el cielo todo se regocija ; mientras que, al pronunciar esas malas palabras, es el infierno quien se alegra. El cristiano jamás debe perder de vista que su lengua sólo le fué concedida para bendecir a Dios en este mundo, y darle gracias por los abundantes bienes con que nos ha enriquecido en los días de nuestra vida ; a fin de bendecirle por toda la eternidad junto con los ángeles y santos : esta será la herencia de los que habrán imitado, no a los demonios, sino a los ángeles. Esto es lo que os deseo...

DOMINGO VIGÉSIMOSEGUNDO DESPUÉS DE PENTECOSTÈS

SOBRE LA RESTITUCIÓN

*Reddite ergo quae sunt Caesaris,
Caesari; et quae sunt Dei, Deo.*

Dad, pues, al César lo que es del
César, y a Dios lo que es de Dios.

(S. Mateo, XXII, 21.)

Nada más justo ni más razonable que dar a Dios lo que es de Dios, y al prójimo lo que le es debido. Si todos los cristianos siguiesen este camino, ninguno de ellos se contaría entre los moradores del infierno; todos poblarían el cielo. ¡Ah! quisiera Dios, nos dice el gran San Hilario, que nunca los hombres perdiesen de vista este precepto. Mas ¡ay! ¡cuántos lo tienen por no escrito! Pasan su vida engañando a uno y robando a otro. Sí, H. M., nada más común que las injusticias, nada más raro que las restituciones. Mucha razón tenía el profeta Oseas al afirmar que la injusticia y el latrocinio cubrían la faz de la tierra, cual el diluvio que asoló el universo (1). ¡Ah!, desgraciadamente, los culpables abundan tanto como las personas que no quieren reconocerse tales. ¡Oh Dios mío! ¡cuántos ladrones nos revelará la muerte! Para convencerlos de ello, H. M., voy ahora a mostraros: 1.º que nunca aprovechan las riquezas mal adquiridas; 2.º de cuántas maneras podéis perjudicar al prójimo; 3.º de qué manera y a quién debéis restituir lo que no os pertenece.

(1) Os., IV, 2.

I. — Es tanta nuestra ceguera, que pasamos la vida buscando y atesorando unos bienes que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, habremos de perder, mientras nos dejamos escapar aquellos que podríamos conservar durante toda la eternidad. Las riquezas de este mundo sólo desprecio merecen a los ojos de un cristiano, y, en cambio, nosotros no hacemos más que correr tras ellas. Muy insensato es el hombre al obrar de una manera tan abiertamente contraria al fin por el cual Dios le creó.

No quiero hablar, H. M., de aquellos que prestan con usura, al siete, nueve y diez por ciento; prescindamos de ellos. Para hacerles sentir toda la gravedad y negrura de su injusticia y crueldad, sería preciso hacer que vieran a uno de esos viejos usureros que, desde hace ya tres o cuatro mil años, están ardiendo en el infierno, y éste les narrase los tormentos que está sufriendo a causa de las innumerables injusticias por él cometidas. No, no es éste mi propósito. Bien saben ellos que obran mal, y que nunca alcanzarán de Dios el perdón, si no devuelven lo que ganaron injustamente. Todo cuanto les dijese ahora, sólo serviría para hacerles más culpables. Entremos en otros detalles que afectan a mayor número de cristianos.

Digo que los bienes mal adquiridos, nunca enriquecerán a los que los poseen; antes al contrario, serán una fuente de maldición para toda su familia. ¡Oh Dios mío, cuán ciego es el hombre! Está plenamente convencido de que vino a este mundo sólo por un instante; a cada momento ve partir para la otra vida a otros más jóvenes y robustos: no importa, ni con ello abre los ojos. Es en vano que el Espíritu Santo le diga, por boca del santo Job, que entró en este mundo desnudo y que desnudo saldrá de él (1); que todos esos bienes

(1) Job, I, 21.

tras los cuales corre con tanto afán, le dejarán cuando menos lo sospeche: tampoco esto le detiene. Afirma San Pablo que aquel que quiere hacerse rico por caminos injustos, no tardará en caer en los mayores extravíos; y aun más, que nunca verá el rostro de Dios (1). Es esto tan cierto, que, sin un milagro de la gracia, ni el avaro, ni el que adquirió algunos bienes por fraude o engaño, suelen convertirse por regla general; ¡tanto ciega el pecado ese a quien lo comete! Oíd de qué manera habla San Agustín a los que poseen bienes ajenos (2). En vano, dice, os confesaréis, en vano haréis penitencia y lloraréis vuestros pecados; si no restituís, perdiendo hacerlo, nunca os perdonará Dios. Vuestras confesiones y vuestras comuniones no serán más que sacrilegios, que iréis acumulando unos sobre otros. O devolvéis lo que no es vuestro, o habréis de resignaros a arder en el infierno. El Espíritu Santo no se limita a prohibirnos tomar o desear el bien ajeno; no quiere ni aún que lo miremos, por temor de que, de sólo verlo, nuestra mano se vaya hacia lo que no es nuestro. Dice el profeta Zacarías que la maldición del Señor descargará sobre la casa del ladrón hasta que quede destruída (3). Y yo os digo que, no sólo dejará de aprovecharos la riqueza adquirida por fraude o engaño, sino que será causa de que perezcan vuestros bienes adquiridos legítimamente, y de que sean abreviados vuestros días. Si dudáis de ello, escuchadme unos momentos y os convenceréis.

Leemos en la Sagrada Escritura (4) que el rey Acab, queriendo ensanchar su jardín, propuso a un hombre llamado Naboth que le vendiese su viña. «No, dijo Naboth, es la herencia de mis padres y quiero guardarla».

(1) I Tim., VI, 9.

(2) Epist. CLIII, ad Macedonium, cap. VI, 22.

(3) Zach., V, 3-4.

(4) III Reg., XXI.

El rey quedó tan contrariado de aquella negativa, que cayó enfermo. No podía comer ni beber, y se metió en cama. La reina fué a verle y le preguntó la causa de su enfermedad. Contestóle el rey que descaba ensanchar su jardín, mas Naboth se había negado a venderle su viña. «¡Cómo!, replicó la reina, ¿dónde está, pues, tu autoridad? No te preocupes más de esto, yo haré que tengas la viña». Dióse prisa en buscar a ciertas personas, las cuales, sobornadas por dinero, atestiguaron que Naboth había blasfemado contra Dios y contra Moisés. En vano aquel pobre hombre intentó defenderse, afirmando ser inocente del crimen que se le imputaba; nadie le creyó y hubo de morir apedreado. La reina, al verle todo bañado en sangre, se fué al encuentro del rey para anunciarle que podía tomar posesión de la viña, pues aquel que había tenido el atrevimiento de negársela estaba muerto ya. Ante una tal noticia, sanó el rey y corrió cual un desesperado a tomar posesión de la viña. El infeliz no pensó que Dios estaba allí esperándole para castigarle. Llamó el Señor a su profeta Elías, y le mandó presentarse al rey, para anunciarle de su parte que, en el mismo sitio donde los perros habían lamido la sangre de Naboth, beberían también la suya, y que ninguno de sus hijos reinaría después de él. Mandóle también a la reina Jezabel para anunciarle que, en castigo de su crimen, sería comida de los perros. Todo lo cual se cumplió tal como predijera el profeta. Los perros se abrevaron en la sangre del rey, muerto en un combate. Un nuevo rey llamado Jehú, al entrar en la ciudad, vió a una mujer asomada a una ventana. Se había ataviado cual una diosa para cautivar el corazón del nuevo rey. Este preguntó: ¿Quién es aquella mujer? Dijéronle que era la reina Jezabel. Al momento mandó fuese arrojada de lo alto de aquella ventana. Una vez en el suelo, los hombres y los caballos hollaron terriblemente su cuerpo. Llegada la noche, quisie-

ron dar sepultura a su cadáver, mas sólo encontraron de él algunos miembros dispersos; los perros se habían comido lo demás. «¡ Ah! exclamó Jehú, he aquí cumplida la predicción del profeta» (1). El rey Acab dejó setenta hijos, todos príncipes; el nuevo rey ordenó decapitarlos a todos y, a la vez, que fuesen sus cabezas colocadas en cestos a la entrada de la ciudad, a fin de mostrar, con tan horrible espectáculo, la desgracia que las injusticias de los padres atraen sobre los hijos (2). San Víctor nos refiere un caso no menos espantoso. Hubo un hombre, dice, que entró en el granero de su vecino para robarle el trigo. En aquel mismo momento el demonio se apoderó de él, y, en presencia de cuantos vieron el hecho, le arrastró cual si se lo llevase al infierno (3). ¡ Oh Dios mío, cuán ciego es el hombre al querer condenarse por tan poca cosa!

La segunda razón por la cual no debemos tomar los bienes ajenos, es porque ellos nos conducen al infierno. Dice el profeta Zacarías que, en una visión que tuvo, Dios le hizo leer un libro en el cual estaba escrito que nunca verán a Dios los que se apoderan de los bienes ajenos, sino que serán condenados a las llamas (4). Y, no obstante, hay gente tan ciega que preferiría morir y condenarse antes que restituir los bienes mal adquiridos, ni aun en la hora en que la muerte está ya a punto de arrebatárselos de las manos. Cierta hombre que pasó la vida robando, a la edad de treinta años contrajo una enfermedad de la cual murió. Uno de sus amigos, al ver que no se preocupaba de llamar a un sacerdote, tomó la iniciativa de buscar uno. «Amigo mío, dijo el sacerdote, os veo muy enfermo; ¿por qué

(1) IV Reg., IX.

(2) Ibid., X, 7.

(3) Véase en Ribadeneyra, 26 de febrero, la vida de San Víctor de Arcis-sur-Aube.

(4) Esta visión no se halla en el profeta Zacarías.

no se os ocurrió llamarme? ¿por qué no os queréis confesar? — ¡Ah, señor!, contestó el enfermo muy sobresaltado, ¿es que me dais ya por muerto? — No tanto, amigo mío, pero cuanto más claro esté vuestro conocimiento, mejor recibiréis los sacramentos. — No me habléis de esto; ahora me hallo muy fatigado; cuando esté restablecido vendré a vuestro encuentro en la iglesia. — No, amigo mío, pues si llegaseis a morir sin haber recibido los sacramentos, experimentaríais yo gran pesar. Puesto que estoy aquí, no me marcharé hasta que os hayáis confesado». Al verse casi forzado, consintió; mas ¿cómo se confesó? cual una persona que posee bienes ajenos y no quiere restituirlos. No dijo una palabra a este respecto... — «Si vuestro estado empeora, volveré para llevaros el santo Viático.» En efecto, el enfermo iba acercándose a la muerte; corrieron a avisar al sacerdote que su penitente estaba expirando. Dióse prisa al sacerdote. Cuando el enfermo oyó la campanilla, preguntó qué era aquello, y al venir en conocimiento de que el buen párroco le llevaba el Viático: «¡Cómo!, exclamó, ¿no os había yo dicho que no quería recibirlo? Decidle que no pase adelante». A pesar de ello, el sacerdote entró, y acercándose al enfermo, dijo: «¿No queréis, pues, recibir al buen Dios que os llenaría de consuelo y os ayudaría a sufrir vuestras penas? — No, no, bastante es el mal que hice hasta ahora. — Pero vais a escandalizar a la parroquia toda. — Y ¿qué me importa que sepa todo el mundo que estoy condenado? — Si no queréis recibir los sacramentos, no podréis ser enterrado cristianamente. — ¿Merece un condenado ser enterrado entre los santos? Cuando el demonio haya hecho presa en mi alma maldita, echad mi cuerpo al lobo, cual el de una bestia...». Viendo que su mujer se deshacía en llanto, dijo: «¿Por qué lloras? consuélate, si me acompañaste de noche para ir a robar al vecino, no tardarás en venir a juntarte conmigo en el

infierno». Y lleno de desesperación, exclamaba : «¡ Ah ! ¡ horroroso infierno, abre tus abismos ! ven a arrancarme de este mundo, no puedo aguantar ya más ». Y murió el miserable con señales visibles de reprobación. — Pero, me diréis, ciertamente había cometido grandes crímenes. — ¡ Ay ! amigos míos, casi me atrevería a decir que hacía lo que buena parte de vosotros ; ora un haz de leña, ora una carga de heno, ora una gavilla de trigo.

II. — Si ahora quisiese detenerme, H. M., examinando la conducta de los que se hallan aquí presentes, tal vez no encontraría más que ladrones. ¿ Os extraña esto ? Atended unos momentos, y veréis cuán fundamentada sea mi sospecha. Si comienzo por examinar el comportamiento de los servidores o criados, los hallo culpables para con sus dueños y para con los pobres. Los criados son culpables para con sus amos, y, por consiguiente, están obligados a restituir, cuantas veces se tomaron mayor tiempo del necesario para descansar, o lo perdieron miserablemente en la taberna ; cuando dejaron perder o permitieron tomar cosas pertenecientes a sus dueños, pudiendo impedirlo. Igualmente, si un jornalero o dependiente, al contratarse, aseguró que era capaz de ejecutar determinados trabajos, sabiendo bien que no los haría, ya por ignorancia, ya por falta de fuerzas..., y en tal caso está obligado a indemnizar a su dueño de la pérdida causada por su ignorancia o debilidad. Además, roba a los pobres cuantas veces gasta su dinero en la taberna, en casas de juego o en otras cosas inútiles. — Pero, me dirás, este dinero es enteramente mío, es mi salario. — Y yo te contestaré : Has trabajado para ganarlo, cierto ; no obstante, eres culpable ; pronto lo comprenderás. Tal vez tus padres son tan pobres que han de recurrir a la caridad pública ; si hubieses guardado tus ahorros, seguramente

podrías aliviar su situación : ahora te hallas en la imposibilidad de hacerlo ; ¿ no es esto robar a los pobres ? Una muchacha o un mozo habrán gastado todo su dinero, una en comprar frivolidades, otro en las tabernas o en el juego ; si Dios les envía alguna enfermedad, vense precisados a acogerse en un hospital y allí comer el pan de los pobres ; o bien aguardarán a que una persona caritativa les tienda la mano, y les dé aquello que sin duda hubiera servido para otros más desgraciados. Si toman estado y crean un hogar, ya los tenéis a ellos y a sus hijos reducidos a la miseria. ¿ Por qué esto, sino porque cuando jóvenes no supieron ahorrar ? ¿ Verdad, hija mía, que, si reflexionases un poco, no dieras tantas alas a la vanidad ? Pero lo más triste es que, no solamente estás dilapidando un dinero que después te hará falta, sino que a la vez pierdes tu pobre alma.

Mas he aquí otro pecado tan deplorable como extendido, a saber, el de los hijos o criados que roban a sus padres o dueños. Los hijos jamás deben tomar nada de los padres bajo pretexto de que no les dan bastante. Vuestros padres, después de alimentaros, vestiros e instruiros, nada más os deben. Por otra parte, al hijo que roba a sus padres, ya se le considera capaz de todo. Todo el mundo le desprecia y huye de su compañía. Un criado me dirá : Es que no se me paga todo mi trabajo, preciso es pues buscar alguna compensación. — ¿ No te pagan bastante, amigo mío ? ¿ por qué, pues, permaneces en casa de un tal dueño ? Cuando te contrataste, bien sabías cuál iba a ser tu salario y el que podías merecer ; poco te costaba dirigirte a otra parte donde pudieses ganar más. Y ¿ qué diremos de los que guardan en su casa lo que los criados robaron a sus dueños, o los hijos a sus padres ? Aunque tales cosas sólo hayan permanecido cinco minutos en casa de esos encubridores, y aunque no conozcan a ciencia cierta su valor, están obligados a restituir bajo pena de condenarse, si

los culpables no restituyeron. Hay personas que compran sin miramiento cosas a los hijos de familia o a los criados; pues bien, aunque pagasen por ellas más de lo que valen, están obligadas a devolver a su dueño o la cosa o su valor; de lo contrario, no se librarán del infierno. Si aconsejasteis a alguien que robase, aunque no hayáis sacado de ello provecho alguno, si el que robó no restituye, vuestra es la obligación de hacerlo; de lo contrario, no esperéis el cielo.

Donde más comúnmente se roba es en las compras y en las ventas. Examinemos esto con detención, a fin de que conozcáis el mal que hacéis, y por ende podáis enmendarlo. Cuando lleváis al mercado vuestros productos, os preguntarán si los huevos o la manteca son frescos o recientes, y os apresuraréis a contestar afirmativamente, cuando estáis persuadidos de lo contrario. ¿Por qué contestáis así, sino para robar diez o quince sueldos a un pobre que tal vez los pidió prestados para sostener a su familia? Otras veces se trata de vender cáñamo, y procuráis poner debajo, para que quede oculto, el más pequeño o de peor aspecto. — Me dirás tal vez: Si no lo hiciese de esta manera, no vendería tanto.—Más bien dicho: Si te portases como buen cristiano, no robarías como ahora robas. En otra ocasión, te habrá dado cuenta de que te entregaban más de lo que correspondía y te has callado.—Tanto peor para esa persona, no tengo yo la culpa.—¡ Ah! amigo mío, día vendrá en que quizá te digan con mayor razón: ¡ Tanto peor para ti!... Una persona os querrá comprar trigo, vino o ganado. Os preguntará si aquel trigo es de buena cosecha. Sin titubear le aseguraréis que sí. El vino lo mezcláis con otro de mala calidad y lo vendéis por bueno. Si no os quieren creer, lo juráis, y así, no una sola vez sino veinte veces abandonáis vuestra alma al demonio. ¡ Oh, amigo mío! ¿ no tienes que molestarte tanto para entregarte a él; ¡ mucho tiempo ha

que le perteneces ! Esta bestia, os preguntarán también, ¿ tiene algún defecto ? No me engaños ; acabo de pedir prestado este dinero ; si el negocio me falla, caigo en la miseria. — Estad tranquilo, contestáis ; esta bestia es excelente. No me desprendo de ella sin pesar ; si pudiese prescindir de ello, no la vendería. Y en realidad, sólo la vendéis porque no vale nada, porque no os sirve. — Hago lo que hacen los demás ; tanto peor para el que se deja engañar. Me sorprendieron a mí, yo miro de sorprender a los otros, de lo contrario perdería demasiado. — ¿ Es decir, amigo mío, que, porque los demás se condenan, tú también has de condenarte ; porque los demás se van al infierno, es necesario que vayas tú con ellos ? ¡ Prefieres tener algunos sueldos de más, y abrasarte en el infierno por toda una eternidad ! Pues bien, has de saber que, si vendiste una bestia con defectos ocultos, estás obligado a indemnizar al comprador de la pérdida que hayas podido causarle ocultándole tales defectos ; de lo contrario, habrás de condenarte. — ¡ Ah ! si os hallaseis en nuestro lugar, haríais lo mismo que nosotros. — Sí, no hay duda que, si quisiese condenarme, haría lo que vosotros ; mas, si quisiera salvarme, haría ciertamente todo lo contrario.

Otras personas, al pasar cerca de un prado, un campo de rábanos o una huerta, no pondrán escrúpulo alguno en llenar su delantal de forraje o de rábanos, de llenar sus cestas o sus bolsillos de fruta. Los padres verán llegar a sus hijos con las manos llenas de objetos robados, y, si los reprenden, será riendo. — ¡ Como si ello fuese gran cosa ! — H. M., si hoy tomáis por valor de un sueldo y mañana por dos, pronto habréis llegado a materia de pecado mortal. Además, podéis cometer pecado mortal tomando sólo un sueldo, si vuestra intención era robar tres francos (1). ¿ Qué es lo que

(1) En la época en que el Santo escribía estas líneas, la moneda era más rara, tenía más valor, y, por consiguiente, el robo de tres fran-

deben, pues, hacer los padres al ver que llegan sus hijos con algún objeto robado? Deben obligarlos a devolverlo por sí mismos a su dueño. Una o dos veces bastarán para corregir al pequeño ladrón. Un ejemplo os mostrará cuán puntualmente debéis observar esto. Refiérese que un niño de nueve o diez años comenzaba a cometer pequeños robos, tomando frutas u otros objetos de escaso valor. Con el tiempo fueron aumentando sus delitos en número e importancia, hasta que hubo de ser conducido al cadalso. Antes de morir pidió a los jueces que hiciesen comparecer allí a sus padres; y cuando estuvieron presentes: «Oh, desgraciado padre y desgraciada madre, exclamó, quiero que sepa todo el mundo que sois vosotros la causa de mi deshonrosa muerte. ¡Quedáis deshonrados a los ojos del mundo; sois unos infelices! Si me hubieseis corregido cuando comencé a cometer pequeños hurtos, no habría después cometido los crímenes que me han llevado a este cadalso». Digo, H. M., que los padres deberían ser muy prudentes respecto a sus hijos, aunque no pensasen que tienen un alma por salvar. Vemos, en efecto, que, de ordinario, cuales los padres, tales los hijos. Cada día oímos decir: Fulano tiene unos hijos que indudablemente seguirán las huellas del padre en su juventud. — Nada os importa todo esto, me diréis, dejadnos tranquilos, no nos inquietéis; teníamos ya olvidado esto, y vos nos lo ponéis de nuevo ante nuestros ojos; ¿por ventura no es bastante riguroso el fuego del infierno, ni la eternidad bastante duradera, para que hayáis de darnos tanto sufrimiento ya en este mundo? — Muy cierto es lo que decís, H. M.; mas, si os hablo de esta manera, es porque no quisiera veros condenados. —

cos, principalmente hecho a un habitante del campo, constituía materia grave; hoy, en que el dinero es más abundante y de menos valor, esta sentencia del santo predicador parecería severa. Los teólogos exigen comúnmente una materia más considerable para llegar a pecado mortal.

Pues bien, peor para nosotros ; si obramos mal, no seréis vos quien sufra la pena. — ¡ Si así os resignáis, allá vosotros !

Otras veces será un zapatero que empleará piel de mala calidad o hilo averiado y los hará pagar por buenos. O también un sastre, quien, bajo pretexto de que no cobra el precio que debiera, se quedará con un jirón de paño sin decir nada al cliente. ¡ Oh Dios mío ! ¡ A cuántos ladrones nos descubrirá la muerte !... Será también un tejedor que echará a perder una parte del hilo para no darse el trabajo de desenredarlo ; o bien pondrá en su obra otro de peor calidad, guardándose el que se le entregó. Aquí tenéis a una mujer a quien entregaron cañamo para hilarlo ; destruirá una parte, bajo pretexto de que no está bien peinado, y una vez trabajado el otro, colocará el hilo en un sitio húmedo, y el peso será el mismo. Esa mujer no piensa que el cañamo pertenecía a un pobre criado, al cual ahora le resultará casi inútil por estar ya medio podrido : con su conducta será, pues, causa, aquella mujer, de que el criado se deshaga en juramentos contra su amo (1). Un pastor sabe muy bien que no le está permitido llevar su ganado a pacer en aquel prado o bosque ; no importa, basta con que no le vean para ir allí. Otro sabe que le han prohibido ir a arrancar la cizaña en ese campo de trigo, porque está en flor ; mira si alguien le ve, y si no, entra en el campo sin escrúpulo. Decidme, H. M., ¿ os gustaría que vuestro vecino se portase así con vosotros ? Es indudable que no ; pues bien, creéis que él...

Si examinamos la conducta de los obreros, hallaremos también muchos ladrones. Poco os costará convenceros de ello. Si los contratáis a destajo, ya para cavar, ya para abrir minas, ya para cualquier otro trabajo, os harán una labor tan mala como precipitada, mas os la

(1) Quien le había dado quizá aquel cañamo a cuenta del salario.

cobrarán por buena. Si los alquiláis a jornal, se limitarán a trabajar cuando el amo los contempla, y después se pondrán a charlar o a holgar. Un criado no pone escrúpulo alguno en recibir y obsequiar a sus amigos en ausencia de sus amos, sabiendo de cierto que ellos no lo permitirían. Otros, con el dinero ajeno, repartirán grandes limosnas, a fin de ser tenidos por personas caritativas... Mejor sería que las diesen de su salario, en vez de malgastarlo en frivolidades. Si hicisteis eso alguna vez, tened presente que estáis obligados a devolver todo cuanto, fuera o contra el consentimiento de los dueños, disteis a los pobres. Será tal vez un mayordomo, a quien el dueño encargó el cuidado y vigilancia de los demás trabajadores, el cual, a petición de éstos, les reparte vino u otras cosas; mas tenedlo presente: si ha sido diligente en dar, deberá ser también diligente en devolver; de lo contrario, habrá de condenarse. A un negociante le habrán encargado una compra de trigo, heno o paja, y dirá al vendedor: «Hacedme una factura en la cual cargaréis a mi dueño algunas cuarteras de trigo, o diez o doce quintales de paja o heno que no me habréis entregado. No le causará esto gran perjuicio, ni tan sólo de ello se dará cuenta». Pues, si aquel miserable entrega semejante factura, queda obligado a restituir el dinero que el negociante hará entregar de más a su dueño; de lo contrario, habrá de resignarse a arder en las llamas eternas.

Si nos fijamos ahora en los dueños, creo que tampoco dejaremos de hallar muchos ladrones. En efecto, ¡cuántos amos no entregan a sus criados todo el salario pactado! y al acercarse a fin de año, hacen todos los posibles para que se vayan, a fin de no tenerles que pagar. Cuando muere una bestia, a pesar de todos los cuidados de quien la tiene a su cargo, le retienen de su salario el valor de la misma; de manera que un pobre mozo de labranza habrá trabajado todo un año sin ganar

nada. ¡ Cuántos, habiendo prometido tejer una tela, pondrán después peor hilo, o la harán más estrecha, o quizá harán esperar muchos años; hasta el punto que se impone demandarles ante los tribunales para que la entreguen! ¡ Cuántos, finalmente, ya arando, ya segando o guadañando, se salen de los límites de su heredad; o bien cortan en terreno del vecino un renuevo o árbol joven para hacerse un mango de azadón, un atador de gavillas o una pieza para su carro! ¿ No tenía yo razón al deciros que, examinando detenidamente la conducta de la gente del mundo, sólo hallaríamos aprovechados y ladrones? No dejéis, pues, de examinaros sobre cuanto acabamos de decir: oís el grito de vuestra conciencia, apresuraos a reparar el mal ahora que tenéis tiempo; restituid al momento, si ello es posible, o a lo menos trabajad con todo esfuerzo para colocaros en estado de devolver lo mal adquirido. Pensad también en declarar, al confesaros, cuántas veces os resististeis a restituir, cuando os hallabais en posibilidades para ello; pues, al inspiraros Dios tal pensamiento y resistir vosotros, fué lo mismo que resistir y despreciar la gracia divina. Os quiero hablar también de un robo muy común en las familias, en las que ciertos herederos, en la hora de la división de la herencia, ocultan sus bienes todo lo posible. Es eso un verdadero latrocinio, que obliga a la restitución bajo pena de perderse eternamente.

Bien os lo dije al empezar, nada tan común como la injusticia, y nada tan raro como la restitución: son contados, según habéis visto, los que no llevan carga alguna sobre su conciencia. Pues bien, ¿ dónde están los que restituyen? No los veo en parte alguna. No obstante, H. M., aunque sea nuestra obligación devolver, bajo pena de condenación eterna, los bienes mal adquiridos; cuando cumplimos esta obligación, no deja Dios de recompensarnos. Oíd un ejemplo de ello. Cierta pa-

nadero que durante muchos años había usado pesas y medidas falsas, descando tranquilizar su conciencia consultó a su confesor, el cual le dijo que durante cierto tiempo diese a los parroquianos un peso que excediese algo del justo. En seguida corrió la voz y aumentó considerablemente su clientela, de manera que, si bien ganaba poco, Dios permitió que, al restituir, aumentase aún su fortuna.

III. — Ahora, diréis, sabremos conocer, a lo menos sumariamente, las maneras de dañar o perjudicar al prójimo. Mas ¿cómo y a quién debemos restituir? — ¿Queréis restituir? Pues escuchadme un momento y lo sabréis. No habéis de contentaros con devolver la mitad, ni tres cuartas partes; á seros posible, debéis devolverlo todo; de lo contrario os condenaréis. Algunos, sin preocuparse de indagar el número de personas a quienes perjudicaron, darán alguna limosna, o mandarán celebrar algunas misas; y hecho esto quedarán ya tranquilos. No hay duda que las misas y las limosnas son muy buenas obras; mas deben ser pagadas con vuestro dinero y no con el del prójimo. Aquel dinero no es vuestro, devolvedlo a su dueño, y después dad del vuestro si queréis: entonces obraréis bien. ¿Sabéis cómo las califica San Juan Crisóstomo tales limosnas? las llama limosnas de Judas y del demonio. Una vez hubo Judas vendido al Señor, al verse condenado, corrió a devolver el dinero a los doctores; éstos, aunque muy avaros, no lo quisieron aceptar; compraron con él un campo para enterrar a los extranjeros. — Pero, me diréis, cuando aquellos a quienes perjudicamos han muerto, ¿a quién se debe restituir? ¿No podremos entonces guardarlo o darlo a los pobres? — He aquí lo que debes hacer, amigo. Si dicha persona dejó hijos, a ellos debes restituir; si no los tiene, entrégalo a sus parientes o herederos; explica el caso a tu párroco, y él te dirá lo que debes

hacer. Otros dicen : Ciertó que he perjudicado a fulano, pero ya es bastante rico ; conozco a un pobre que tiene mucho mayor necesidad de este dinero. — Amigo mío, da a ese pobre de tus riquezas, mas devuelve al prójimo los bienes que le usurpaste. — Usará mal de ellos. — Nada te va en ello ; devuélvele sus bienes, ruega por él y duerme tranquilo.

¡ Ay ! la gente del mundo es hoy día tan avara, tan aficionada a los bienes de la tierra, que, figurándose muchos que no han de tener jamás bastante, parece que juegan a ver quién será el más aprovechado, y quién engañará mejor a los demás. Mas vosotros, H. M., no olvidéis que, cuando conocéis a las personas que perjudicasteis, aunque dieseis el doble a los pobres ; si no devolvéis a su dueño lo que le quitasteis, habréis de condenaros. No sé si vuestra conciencia está tranquila, ¡ pero lo dudo mucho !... He dicho que el mundo está lleno de ladrones y aprovechados. Los comerciantes roban engañando con los pesos y las medidas ; aprovechanse de la sencillez de las personas para vender más caro, o para comprar más barato ; los amos roban a sus criados, defraudándoles una parte de sus salarios ; otros dilatando por mucho tiempo el pagarles ; descontándoles hasta un día de enfermedad, ¡ cual si el mal les hubiese sobrevenido en casa de un vecino, y no trabajando en su servicio !... Por su parte, los criados y obreros roban a sus dueños, ya holgando, ya dejando perder los bienes por su culpa ; un obrero pedirá la paga, pero habrá dejado su labor hecha sólo a medias. Los dueños de tabernas, esos lugares de iniquidad, esas puertas del infierno, esos calvarios donde Jesucristo es constantemente crucificado, esas escuelas infernales donde Satán enseña su doctrina, donde se atenta continuamente a la religión y a las costumbres ; los taberneros, digo, roban el pan de una pobre mujer y sus hijos, vendiendo vino a esos borrachos que el domingo malgastan lo que ga-

naron durante la semana. El colono se aprovechará de mil cosas antes de realizar con su dueño la partición, sin dar después cuenta de ello. ¡ Oh Dios mío ! ¿ en dónde estamos ? ¡ cuántas cosas para examinar en la hora de la muerte !... Si su conciencia les acusa con demasiada insistencia, esas gentes van en busca de un ministro del Señor. Pero ellos quisieran obtener el perdón de su deuda ; mas, si se les obliga a restituir, hallarán mil pretextos para dar a entender que otros también les perjudicaron, por lo cual en aquel momento no pueden devolver lo que deben. ¡ Ah, amigo mío ! ¿ estás seguro de que Dios se contentará con tus razones ? Si quisieses cercenar algo de esas vanidades, de esas glotonerías, de esos juegos ; si no acudieses con tanta frecuencia a la taberna o al baile ; si procurases redoblar tu trabajo ; pronto tendrías pagada una parte de tu deuda. Mas advierte : si no haces los posibles para devolver a cada cual lo que le debes, cualquiera que sea tu penitencia, no te librarás del infierno : ¡ no te quepa de ello la menor duda !...

Hay otros tan ciegos que confían en que sus hijos restituirán después de su muerte. Tus hijos, amigo mío, harán lo que tú haces. Además, ¿ quieres que tus hijos procuren por tu alma mejor que tú mismo ? Lo que te va a suceder es que te condenarás. Dime, ¿ has por ventura reparado todas las pequeñas injusticias cometidas por tus padres ? Buenas excusas hallaste para no hacerlo ; y tus pobres padres están en el infierno por no haber restituido en vida, fiando demasiado en tu buena voluntad. Finalmente, para terminar de una vez, ¡ cuántos hay entre los que me escuchan, a quienes sus padres encargaron, quizá hace ya unos veinte años, la distribución de ciertas limosnas, la celebración de algunas misas, y ninguno ha cumplido tal encargo ! ¡ Otros negocios les han absorbido la atención ! Prefirieron ensanchar sus dominios, frecuentar las casas de juego y

las tabernas, comprar cosas de vanidad para sus hijos.

Refiere San Antonino que cierto usurero prefirió morir sin sacramentos a devolver lo que no era suyo. Tenía sólo dos hijos; uno temeroso de Dios y otro despreocupado. El que se preocupaba de la salvación de su alma quedó tan impresionado al ver el estado en que su padre muriera, que, después de haber empleado una parte de su fortuna en reparar las injusticias paternas, se hizo monje, para no pensar más que en Dios. El otro, por el contrario, disipó toda su fortuna en francachelas y murió de repente. Comunicaron la triste noticia al religioso, el cual púsose al instante en oración. Vió entonces en espíritu la tierra entreabierta, y en su centro un abismo profundo vomitando llamas. En medio de aquellas llamas vió a su padre y a su hermano abrasándose y maldiciéndose mutuamente. El padre maldecía al hijo; pues, queriendo dejarle muchos bienes, no había temido condenarse por él, y el hijo maldecía a su padre por los malos ejemplos que de él recibiera.

¿Y qué os diré de los que aguardan a la hora de la muerte para restituir? Voy a probaros, por dos ejemplos, que, llegado aquel momento, o bien no querréis, o aun cuando lo queráis, no podréis hacerlo. 1.º No querréis restituir. Refiérese que, hallándose en trance de muerte un padre de numerosa familia, sus hijos le dijeron: «Padre, ya sabéis que estas riquezas que nos dejáis no son nuestras: deberíamos restituirlas. — Hijos míos, dijo el padre, si devolviese lo que no es mío, no os iba a quedar nada. — Padre, preferimos trabajar para ganarnos la vida, a ocasionar vuestra condenación. — No, hijos míos, no quiero restituir; no sabéis lo que es ser pobre. — Si no restituís, iréis al infierno. — No, no devolveré nada». Y murió como un réprobo... ¡Oh Dios mío! ¡cuánto ciega al hombre el pecado de avaricia! 2.º He dicho que, aunque lo queráis, en aquel momento se os hará imposible. Refiere un misionero que un pa-

dre, al conocer que se aproximaba su fin, hizo acercar a sus hijos junto al lecho, y les habló así : «Hijos míos, bien sabéis que he perjudicado a mucha gente ; si no devuelvo lo robado, estoy perdido. Id a buscar un notario para recibir mi última voluntad. — ¡ Cómo ! padre, le contestaron sus hijos, ¿ quisierais deshonraros a vos y a nosotros, haciéndoos pasar por una mala persona ? ¿ Quisierais reducirnos a la miseria, y enviarnos a mendigar el pan ? — Pero, hijos míos, ¡ si no restituyo, me condenaré ! » Uno de sus impíos hijos se atrevió a decirle : « ¿ Es decir que teméis el infierno, padre ? Vamos, que uno se acostumbra a todo : dentro ocho días estaréis ya acostumbrado »...

Pues bien, H. M., ¿ qué habremos de sacar de todo esto ? ¡ Que estáis perdidamente ciegos ! Perdcís vuestras almas para dejar algunas pulgadas de tierra o algunos bienes de fortuna a vuestros hijos, quienes, lejos de agradeceróslo, se burlarán de vosotros, mientras estaréis ardiendo por ellos en el infierno. Terminemos, pues, diciendo que somos unos insensatos al no preocuparnos de otra cosa que de atesorar bienes, los cuales nos hacen desgraciados al adquirirlos, mientras los posemos, cuando los abandonamos y hasta en la eternidad. Seamos más juiciosos, H. M., aficionémonos a esos bienes que nos seguirán en la otra vida y constituirán nuestra felicidad durante días sin fin : lo cual os desco...

DOMINGO VIGÉSIMOTERCERO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA MUERTE DEL JUSTO

*Pretiosa in conspectu Domini,
mors sanctorum eius.*

La muerte de los justos es preciosa a los ojos del Señor.

(Ps. CXV, 15.)

Es la muerte, H. M., motivo de turbación y espanto para el pecador impenitente que se ve forzado a abandonar sus placeres. Atormentado por el dolor, agobiado por el presentimiento del juicio a que habrá de sujetarse, devorado de antemano por el temor de los horrores infernales en los que pronto va a precipitarse; hállese como abandonado de las criaturas y del mismo Dios. Mas, por una ley enteramente contraria, la muerte llena de gozo y consuelo al varón justo que ha vivido según el Evangelio, seguido las huellas del mismo Jesucristo, y satisfecho a la divina justicia mediante una verdadera penitencia. Los justos consideran lá muerte como el término de sus males, de sus penas, de sus tentaciones y de sus miserias todas; en la muerte ven el comienzo de su felicidad; ella les proporciona la entrada en la vida, en el descanso, en la bienaventuranza eterna. Pero, H. M., no existe hombre alguno, ni aun el más escandaloso, que no desee esta preciosa muerte. Y lo más inconcebible es que todos deseamos una buena muerte, pero casi nadie adopta los medios para alcanzarla. Es una inexplicable ceguera; no obstante, como es mi ardiente deseo que tengáis todos buena muerte,

voy ahora a animaros para que viváis de manera que os quepa esperar tal felicidad, mostrándoos : 1.º las ventajas de la buena muerte, 2.º los medios de obtenerla.

I. — Si debiésemos morir dos veces, podríamos arriesgar la primera ; mas sólo se muere una vez (1), y de la muerte depende la eternidad. Donde cae el árbol, allí queda. La persona que a la hora de la muerte hállese aquejada de un mal hábito, su pobre alma caerá del lado del infierno ; y al contrario, la que vive en estado de gracia, emprenderá el camino del cielo. ¡ Dichoso camino el que nos conduce al goce de bienes tan perfectos ! Aunque tengamos que pasar antes por las llamas del purgatorio, estamos seguros de llegar a feliz término. Mas todo esto dependerá de la vida que habremos llevado : es indudable que la muerte será conforme a nuestra vida ; si vivimos como buenos cristianos y según Dios, moriremos también como buenos cristianos para vivir eternamente con Dios. Por el contrario, si vivimos según las pasiones, en los placeres y en el libertinaje, moriremos infaliblemente en pecado (2). No echemos nunca en olvido esta verdad, que a tantos pecadores ha convertido : donde caiga el árbol, allí quedará para siempre (3). Pero, H. M., la muerte en sí misma no es tan espantosa como a primera vista parece, pues en nuestra mano está hacerla feliz, hermosa y agradable. Estaba San Jerónimo a punto de morir ; al advertírselo sus amigos, pareció como si concentrase todas sus fuerzas, para exclamar : « ¡ Oh feliz y agradable nueva ! ¡ oh muerte, ven pronto ! ¡ ah ! ¡ cuánto

(1) Statutum est hominibus semel mori (Hebr., IX, 27).

(2) Pero nosotros, lejos de trabajar para que sea feliz nuestra muerte, hacemos todo lo contrario ; decidme ¿ será ese orgullo lo que os proporcione buena muerte ? será ese... Detállense todos los demás pecados... Muerte de la Santísima Virgen (Nota del Santo).

(3) Si ceciderit lignum ad austrum, aut ad aquilonem, in quocumque loco ceciderit, ibi erit (Eccles., XI, 3).

tiempo hace te estoy deseando ! ; ven a libertarme de todas las miserias de este mundo ! ; ven, tú serás la que me llevarás a gozar de la compañía del Salvador ! » Dirigiéndose a los circunstantes : « Amigos míos, para no temer la muerte y encontrarla dulce, es preciso andar por el camino que Jesucristo nos trazó, y mortificarse continuamente ». En efecto, a la hora de la muerte es cuando el buen cristiano comienza a ser recompensado del bien que haya podido hacer durante su vida ; en aquel momento parece abrírsle ya el cielo para darle a gustar la dulzura de los celestiales bienes. Oíd un admirable ejemplo que hace al caso. San Francisco de Sales, hallándose de visita pastoral en su diócesis, recibió una súplica para que acudiese junto al lecho de un pobre feligrés enfermo, el cual, antes de morir, deseaba ardientemente recibir su bendición. El santo Obispo acudió presuroso a visitar al moribundo, al cual halló aun en perfecto y sano juicio. En efecto, el enfermo testimonió al Santo la alegría de que se hallaba poseído al verle a su lado y le indicó su deseo de confesarse. Terminada la confesión, y hallándose a solas con el santo Prelado, le hizo la siguiente pregunta : « Monseñor, ¿ os parece si moriré pronto ? » El Santo, creyendo que aquella pregunta nacía del temor que el enfermo sentía por el terrible trance, le contestó, para tranquilizarle, que había visto sanar a enfermos mucho más graves, y que, por lo demás, debía poner toda su confianza en Dios Nuestro Señor, único dueño de nuestra vida y de nuestra muerte. — « Pero, Monseñor, ¿ creéis que me estoy muriendo ? » — Hijo mío, a esto contestaría mejor que yo un médico ; a lo más os diré que vuestra alma se encuentra al presente en muy buen estado, y quizá nunca os hallaríais en mejores disposiciones ; lo que debéis hacer, pues, es abandonaros enteramente a la providencia y misericordia de Dios, a fin de que disponga de vos según su voluntad ». — « Monseñor,

repuso el moribundo, no es el temor de la muerte lo que me impulsa a formularos esta pregunta de si moriré o no de esta enfermedad ; sino más bien el miedo de vivir demasiado tiempo». Sorprendido el Santo al oír tan insólito lenguaje, y sabiendo que sólo una gran virtud o una excesiva tristeza y depresión eran capaces de engendrar el deseo de la muerte, preguntó al enfermo de dónde le venía ese aborrecimiento de la vida. «¡ Oh ! Monseñor, exclamó el enfermo, ¡ es tan poca cosa este mundo ! No se cómo hay alguien que pueda amar esta vida. Si Dios no nos obligase a permanecer en ella hasta que es servido llamarnos, hace mucho tiempo que yo habría desaparecido ya del mundo de los vivos. — ¿ Es el sufrimiento, la pobreza, lo que así os ha hecho aborrecer la vida ? — No, Monseñor, he vivido con mucha serenidad hasta la edad de setenta años en que ahora me veis y, gracias a Dios, no sé lo que es pobreza. — ¿ Tal vez estaréis ofendido de la mujer o de los hijos ? — De ninguna manera, nunca me dieron ellos el menor disgusto ; no vivieron más que para complacerme ; lo único que me sabrá mal, al abandonar este mundo, será tenerlos que dejar. — ¿ Por qué, pues, deseáis la muerte con tanto afán ? — Porque en los sermones he oído contar tantas maravillas de la otra vida, he oído ponderar tanto los goces del paraíso, que este mundo es ya para mí como un calabozo o una cárcel ». Entonces, dejándose llevar de los afectos en que abundaba su corazón, habló cosas tan bellas y sublimes acerca del cielo, que el santo Obispo se retiró lleno de admiración, y se aprovechó él mismo de aquel ejemplo para decidirse más y más a despreciar las cosas creadas y a suspirar únicamente por la felicidad eterna.

¿ No tenía yo razón al deciros que la muerte es dulce y consoladora para el buen cristiano, pues ella le libra de todas las miserias de la vida y le pone en posesión de los eternos bienes ? ¡ Oh vida miserable, cómo pode-

mos aficionarnos tan fuertemente a tus miserias !... Job nos dice en muy pocas palabras lo que es la vida : «El hombre vive poco tiempo, y su vida está llena de miserias. Cual una flor, aparece, y se marchita en seguida. Es como una sombra que pasa y huye» (1). En efecto, no hay animal en el mundo tan lleno de miseria como el hombre. De la cabeza a los pies, no hay sitio que no esté sujeto a toda suerte de enfermedades. Y esto, sin contar aún los sobresaltos y temores causados por males que no nos han de sobrevenir nunca. Y la muerte, H. M., nos libra de todas esas miserias (2). San Pablo, dirigiéndose a los Hebreos, les dice : «Estamos en este mundo como unos pobres desterrados, que carecen de ciudad permanente ; pero andamos en busca de una que está en el otro mundo» (3). ¡ Qué alegría, H. M., la de una persona que por muchos años estuvo desterrada de su patria y reducida a esclavitud, cuando se le anuncia que acabó su destierro, que va a retornar a su país, donde verá a sus parientes y amigos ! Pues idéntica felicidad espera al alma que ama a Dios, y está aquí abajo suspirando, ardiendo en deseos de ir a verle en el cielo en medio de los ángeles y santos, que son sus parientes y amigos. Espera con ansias inenarrables el momento de su liberación.

La muerte, H. M., es para el hombre bueno lo que el sueño para el trabajador, el cual se alegra al acercarse la noche, porque podrá descansar de las fatigas del día. La muerte libra al justo de la cárcel del cuerpo ; lo cual hacía exclamar a San Pablo : «¡ Ah ! ¡ infeliz de mí ! ¿ quién me librará de este cuerpo mortal ? » (4).

(1) Job, XIV, 1-2.

(2) Tres cosas serán el consuelo del cristiano en la hora de la muerte : el pasado, el presente y el porvenir... (Nota del Santo).

(3) *Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus* (Hebr., XIII, 14).

(4) *Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis huius?* (Rom., VII, 24).

— «Sacadme, Dios mío, decía el santo rey David, sacad a mi alma de la cárcel de este cuerpo, pues los justos me esperan, para el momento en que me deis mi recompensa. ¡Ah! ¿quién me diera alas como de paloma?» (1). Y la Esposa de los Cantares: «¡Si vieseis a mi amado, decidle que desfallezco de amor!» (2). ¡Ay! nuestra pobre alma encerrada en el cuerpo es como un diamante en el fango. ¡Oh, dichosa muerte que de tantas miserias nos libras!... Refiere San Gregorio que un pobre hombre llamado Preneste, paralítico desde mucho tiempo, hallándose próximo a morir, invitó a los circunstantes a cantar. Le preguntaron qué era lo que podía alegrarle en el estado en que se hallaba. «¡Ah!, dijo, ¡es que pronto mi alma abandonará este cuerpo! ¡dentro poco voy a quedar libre de esta cárcel!» Después de haber cantado un poco, oyeron una música angélica. «¡Oh!, dijo el moribundo, ¿no oís a los ángeles que cantan? ¡Dejadles, dejadles que canten!», y falleció. Al momento difundióse a su alrededor un agradable aroma, que perfumó toda la alcoba. En este ejemplo vemos cumplirse a la letra lo que dice Dios por boca de su profeta Isaías: «Levántate, mi amada Jerusalén, despierta, pues de mi mano apuraste hasta las heces el cáliz de mi cólera..., todos los males juntos vinieron a caer sobre ti... Escucha, Jerusalén, pobre ciudad, en adelante no beberás ya el cáliz de mi indignación... ¡Armame con tu fortaleza, oh Sión, vístete con tus ropas de gala... Alzate del polvo, sacude de tu cuello el yugo!...» (3).

¿Quién podrá comprender, H. M., la grande alegría de Santa Liduvina? Después de veintisiete años de enfermedad, roída por un cáncer y devorada por los

(1) Ps. CXLI, 8; LIV, 7.

(2) Cant. V, 8.

(3) Is. LI, 17, 22; LII, 1-2.

gusanos, al conocer que iban a acabar sus males, exclama : «¡ Oh, qué dicha, acabaron ya todos mis males !... ¡ Dichosa noticia ! ¡ Muerte preciosa ! ¡ date prisa ! Hace mucho tiempo estoy deseando tu llegada » (1). ¡ Qué satisfacción la de San Clemente, mártir, cuando, después de treinta años de cárcel y de suplicios, fueron a darle cuenta de que había sido condenado a muerte ! «¡ Oh dichosa noticia !, exclama, ¡ adiós prisión, adiós tormentos, adiós verdugos ! ¡ He aquí llegado el fin de mi vida y de mis sufrimientos ! ¡ Oh muerte, cuán preciosa eres ! ¡ oh ! ¡ no tardes en llegar !... ¡ oh muerte tan deseada, ven a colmar mi felicidad juntándome con mi Dios !... » (2).

¡ Cuán dichoso es, pues, el cristiano que tiene ánimo para seguir las huellas de su divino Maestro !... Mas ¿ en qué consiste la vida de Jesucristo ? Vedlo aquí, H. M. En tres cosas, a saber : oración, acción y sufrimiento. Vemos que el Salvador, en su vida pública, se retiraba con frecuencia a la soledad para orar, y su vida fué una acción continua encaminada a salvar las almas. También en nosotros, H. M., el pensar en Dios debería ser cosa tan natural como el respirar. Durante su vida de acción y oración, Jesucristo sufrió mucho : ora pobreza, ora persecuciones, ora humillaciones y toda suerte de malos tratamientos. « Mi vida, nos dice por su profeta, se va consumiendo de puro dolor, y mis años se extinguen de tanto gemir. Se ha debilitado mi vigor a causa de la miseria » (3). ¿ Puede ser otra cosa la vida de un cristiano que la de un mortal clavado en la cruz de Cristo ? Un justo es un crucificado.

Vemos que los santos complaciéronse tanto en el

(1) Ribadeneyra, 14 abril.

(2) Ibid., 23 enero, San Clemente, obispo de Ancira, mártir.

(3) Ps. XXX, 11.

dolor, que parecían no saber hartarse de sufrir. Mirad aquel gran Papa Inocencio I : con todo y haber quedado lleno de llagas de pies a cabeza, no tenía aún bastante, y suspiraba constantemente por que le sobreviniesen nuevos sufrimientos. Todos los días pedíalos a Dios en la oración. «¡Dios mío, decía, aumentad mis dolores, enviadme enfermedades aun más crueles, con tal que con ellas me otorguéis nuevas gracias!» — ¿Por qué, preguntábanle, pedís a Dios tal exceso de sufrimientos? ¿no os halláis ya por ventura cubierto de llagas?» — «Ignoráis cuánto sea el mérito del sufrir. ¡Ah! si acertaseis a comprender lo que vale el dolor, ¡cuánto le amaríais!» San Iguacio, mártir, temiendo que los leones y los tigres acudiesen a lamerle los pies como tantas veces acontecía, dejó oír esas elocuentes palabras : «¿Cuándo será que os besaré, bestias feroces, las que estáis preparadas para mi suplicio? ¡Ah! ¿cuándo podré acariciaros? Si no queréis devorarme, os excitaré, a fin de que os echéis sobre mí con mayor furia; os acosaré para que os apresuréis a devorarme». Escribía a sus discípulos : «¡Os escribo para comunicaros mi felicidad inenarrable! ¡Voy a morir por Jesucristo mi Dios! Lo que os pido es que os abstengáis de hacer nada para librarme de la muerte, pues sé muy bien que ella me es provechosa. Soy el trigo de Dios. Es preciso que sea molido entre los dientes de los leones, a fin de convertirme en pan digno de Jesucristo» (1).

Oíd también a San Andrés, el cual exclama desde la cruz, donde va a perder su vida : «¡Oh dichosa cruz, por ti voy a unirme con mi Maestro! ¡Ah! bendita cruz, recíbeme en tus brazos; pues de tus brazos pasaré a los de mi Dios». La muchedumbre, al ver aquel santo viejo puesto en la cruz, quería arremeter contra el procónsul y desatar al Santo. «No, hijos míos, gritó

(1) Ribadeneyra, 1.º de febrero,